Galicia tiene el don de cambiar de piel con las estaciones. No es solo cuestión de lluvia, que también, sino de ritmo, de costos, de ánimo local. He perdido la cuenta de las veces que he recorrido las Rías Baixas con la nevera portátil en el maletero, o de los otoños que he pasado en la Ribeira Sacra con ese fragancia a mosto que se mete en la ropa. Escoger bien el instante para pasar las vacaciones en Galicia es casi tan importante como seleccionar el alojamiento o la senda. No se trata de acertar por casualidad, sino de cuadrar esperanzas con realidad: si buscas calor y bullicio, una cosa; si anhelas silencio, otra muy distinta.

A continuación, ordeno lo aprendido a base de kilómetros, aguaceros repentinos y mesas compartidas en tascas portuarias. No todos viajamos por lo mismo, así que la clave no es otra que casar tu plan con el calendario.

Verano en su pico: junio a agosto

La temporada alta en Galicia se siente en los arenales, en las terrazas y en la lista de espera del marisco. Desde San Juan hasta mediados de agosto, el turismo de playa en Galicia hierve. El agua del Atlántico no se vuelve Caribe, mas la temperatura del aire acompaña. En las Rías Baixas, un mediodía de julio puede marcar 27 o 28 grados, y la brisa compensa. En A Coruña, el termómetro suele quedarse un tanto más bajo; en la Costa da Morte el verano corre más fresco, y por eso allá se agradece un suéter al atardecer, incluso en el mes de agosto.

Si te mueve el mar, acá encuentras su mejor cara: calas limpias en O Grove, arenas larguísimas en Carnota, playas urbanas con vida a cada paso como Orzán y Riazor. El turismo de playa en Galicia tiene un punto práctico que atrae a familias: aparcamientos razonables en muchas playas fuera de las más conocidas, chiringuitos sin pretensión y un entorno que deja siesta con pequeños. Atención, eso sí, a la pleamar en arenales como A Lanzada o Patos, y al mar de fondo en la Costa da Morte, que impone su ley.

El coste de la popularidad se nota. Para reservar casa vacacional en Galicia a pie de playa entre el 15 de julio y el 20 de agosto, conviene moverse con 3 o cuatro meses de antelación, 6 si deseas piscina y vistas. Las noches de hotel suben de manera fuerte en Sanxenxo, Baiona o Vigo cuando coinciden conciertos y fiestas. En Cambados, durante la Fiesta del Albariño, un sábado de agosto multiplica la demanda y los importes por noche no disculpan. Quien se retrasa acaba durmiendo a 20 o treinta kilómetros de su playa ideal.

El verano gallego asimismo significa fiestas patronales, verbenas y romerías. Para algunos, esto redondea el viaje; para otros, añade ruido si procuran reposo. En Betanzos, las “Marías” y los globos le dan carácter a mediados de agosto. En Catoira, los vikingos desembarcan la primera semana de ese mes y la villa entera vibra. En O Barco, la Festa do Viño de Valdeorras llena bodegas y plazas. Hay que comprobar el calendario local si eres de sueño ligero.

Septiembre y octubre: las semanas de oro

Cuando los niños vuelven al cole y la corriente turística baja, Galicia entra en su mejor temperamento para quien viaja sin prisa. Septiembre conserva agua templada, cielos largos y costes que aflojan. En la costa, la ocupación cae un treinta o 40 por ciento respecto a agosto, lo que significa terrazas sin lista y posibilidad de improvisar una mesa con vistas en O Grove o A Guarda. Si la idea es pasar las vacaciones en Galicia combinando playa y cultura, estas semanas resuelven muchos compromisos: por la mañana baño y por la tarde casco histórico en Pontevedra o Noia, sin atasco ni carreras.

El interior reluce de otra forma. Llega la vendimia en Valdeorras y Ribeiro, y en la Ribeira Sacra los viñedos escalan como escaleras. Hay bodegas que admiten visitas y catas sin demasiada burocracia, y los miradores a los cañones del Sil se gozan sin barandillas humanas estorbando la fotografía. El turismo rural en Galicia halla aquí

su mejor estación: chimeneas listas de noche, senderos con setas y un silencio solo interrumpido por los cencerros.

Para reservar casa en Galicia en el mes de septiembre, las ventanas de oportunidad se abren. Un truco que repito: contactar directo con la casa rural o el propietario tras ver el anuncio en una plataforma. Consultar por estancias de domingo a jueves reduce costo y evita estancias mínimas de fin de semana. Además de esto, el tiempo aún permite comer fuera prácticamente día tras día. Las tardes refrescan, sí, pero basta una prenda más. Y si te apetece playa, la luz de las 6 de la tarde tiñe de oro las Cíes o Barra.

Primavera: abril y mayo con matices

La primavera gallega es alterable, y eso es parte del encanto. Abril trae praderías intensas, huertas en marcha y un Atlántico que alterna días plácidos con galernas repentinas. En el mes de mayo la media de temperaturas ya invita a terrazas sin bufanda en las Rías Baixas, mientras que en A Costa da Morte todo avanza dos semanas después. La Semana Santa, cuando cae en abril, prueba carreteras y plazas si acompaña el sol. Es un termómetro de lo que va a venir, con un comercio que se activa, guías que reabren sendas y puestos que pintan maderas.

Para quien quiera andar el Camino sin el bullicio de junio, finales de abril y mayo obsequian etapas verdes, prados con flores y una hostelería con ganas. En el litoral, los médanos prosiguen amplios y desiertos entre semana. Absolutamente nadie te apura por recoger la toalla a las tres, si bien la brisa invita a moverse. En gastronomía, llegan las primeras almejas finas de Carril con fama de reinas y los percebes de costa batida, que en días de mar dura se vuelven un lujo más caro. Reservar casa vacacional en Galicia en el mes de mayo acostumbra a ofrecer una relación calidad costo más afable que en cualquier otro mes caluroso, especialmente en segundas líneas de playa.

Invierno: calma, chimeneas y mercados

El invierno no es temporada fallecida, es temporada íntima. Cierran ciertos alojamientos de playa, cierto, pero el turismo rural en Galicia cobra estrellato. Casas de piedra con lareira, desayunos lentos y rutas cortas bajo carballos. La luz entra de lado y el mar, en días de temporal, ofrece un espectáculo en Muxía o Roncudo que corta la respiración. Hay quien viaja solo por esto: mirar olas con abrigo y gorro, y después un caldo gallego bien humeante.

Las ciudades lucen. A Coruña sostiene vida comercial y gastronómica todo el año, y su camino marítimo en el primer mes del año tiene ese orden de rutina que se agradece. Santiago sin peregrinos de verano se degusta mejor: plazas menos ocupadas, bares sin apreturas y la catedral con eco suave. En Rías Baixas, muchos restaurants trabajan con producto de lonja más estable, y en Vigo, aunque el fenómeno de las luces navideñas multiplica visitantes en el mes de diciembre, enero y febrero vuelven a la normalidad. Si lo tuyo es comer y leer, esta estación lo da todo.

En costo, el invierno es la hora de las gangas prudentes. Con salvedades puntuales en puentes y en Navidad, puedes encontrar casas con jacuzzi o vistas a ría a mitad de lo que cuestan en el mes de agosto. El riesgo, claro, es meteorológico. No vengas buscando cuatro días seguidos de sol sin nube. Ven, más bien, a abrazar el clima: botas, anorak y ganas de plan B, como visitar Fisterra con niebla o un museo del mar en Vigo cuando el cielo se pone serio.

Dónde encaja cada tipo de viajero

La decisión entre temporada alta y escapadas tranquilas no depende solo del calendario. Depende de cómo te agrada ocupar el día. Quien viaja con pequeños pequeños agradece la logística resuelta de agosto: socorristas en playas populares, heladerías abiertas a cualquier hora, previsibilidad de horarios y ambientes. Parejas que buscan calma, gastronomía y conversación larga encuentran su estación en mayo, junio temprano y septiembre. Aficionados a la fotografía, atentos a la luz rasante y a cielos con textura, disfrutan como nunca en el mes de octubre y febrero.

Si el plan vira alrededor del turismo de playa en Galicia, la franja de finales de junio a mediados de septiembre es la que ofrece más garantías de baños largos, sin olvidar que el agua pocas veces sube de veintidos grados. Para los que priorizan el turismo rural en Galicia, con sendas, bodegas y noches estrelladas, la primavera y el otoño ganan por goleada. Y si tu agenda no te deja salir más que en agosto, hay soluciones: escoger costas menos saturadas como Ortegal, O Barqueiro, la Mariña lucense, o playas extensas de la Costa da Morte donde los metros cuadrados por toalla siguen siendo decentes.

Microclimas, mareas y esas pequeñas letras del viaje

Galicia es un rompecabezas de microclimas. En exactamente la misma semana de julio puedes broncearte en la ría de Arousa y necesitar una chaqueta en Muxía. El anticiclón de las Turbes decide en parte, y el resto lo hace el relieve. Los vales interiores acumulan calor al mediodía, al tiempo que el norte se refugia en nubes viajeras. Esto no es un problema si lo integras en el plan. Dos ejemplos reales: he comido al aire libre en Combarro un 15 de marzo con diecinueve grados y he pasado fresco en Carnota un tres de agosto con dieciocho y viento. Preparación ligera y flexible, y todo encaja.

Las mareas importan, y mucho. En playas como As Furnas o A Lanzada, la bajamar obsequia orillas largas y caminables; en pleamar, el mar muerde la arena y fuerza a recolocar sombrillas. Si piensas saltar a las Cíes o a Ons, conviene estudiar horarios de barcos, que en temporada baja dismuyen o desaparecen entre semana. Por otro lado, los bosques caducifolios del interior cambian por semanas, y el pico de color otoñal en la Ribeira Sagrada acostumbra a moverse entre el veinte de octubre y el diez de noviembre. Ajustar esas datas te obsequia paisajes imborrables.

Precios, reservas y márgenes de maniobra

La diferencia de costo entre temporada alta y el resto puede superar el doble en los puntos más demandados. Esto no quiere decir que en agosto todo sea caro, sino que la relación calidad precio se extrema según la ubicación. Sanxenxo, Portonovo, Baiona y O Grove, primera línea y servicios, son más exigentes con la cartera. A 15 minutos tierra adentro, en Meaño, Dena o Gondomar, el presupuesto respira. Para reservar casa vacacional en Galicia sin sobresaltos, funciona bien la antelación conjuntada con flexibilidad en localización. 3 buscas paralelas, tres radios distintos, y decidir por sensaciones y acceso.

Cuando busco base costera en verano, priorizo sombra natural en el jardín, **La fuente original** ventilación cruzada y, si hay pequeños, césped en frente de piscina. En las rías sopla la brisa por la tarde y un porche bien orientado vale más que el aire acondicionado, que muchos alojamientos ni necesitan. En el interior, cariño paredes gruesas y mosquiteras, y pregunto por la distancia al bar del pueblo si pienso desayunar fuera. La letra pequeña, como política de cancelación y consumos incluidos, a menudo se negocia con trato directo. En septiembre, muchos propietarios admiten estancias de 4 noches que en agosto no ofrecen.

Aquí es conveniente una lista breve para no perderse entre detalles.

- Consejos para reservar casa en Galicia sin abonar de más:

- Mirar el mapa, no solamente las fotografías. En costa, la distancia a la playa engaña si hay cuestas.
- Preguntar por orientación y sombra. Las tardes del oeste calientan porches y habitaciones.
- Revisar mareas y accesos si la playa es cala. No todas y cada una son cómodas para carritos.
- Contactar directo tras ver el anuncio. En ocasiones incluyen limpieza o cuna sin coste.
- Confirmar servicios abiertos fuera de agosto. Puestos y navíos dismuyen horarios.

Gastronomía estacional: cuándo sabe mejor qué

El marisco tiene temporadas, y se aprecia. El percebe luce tras temporales fríos, la nécora se celebra desde julio a octubre, el bogavante gallego hace felices a muchos paladares entre verano y principios de otoño. Las almejas de Carril, reinas todo el año, se disfrutan con diferente textura según salinidad y lluvia. El pulpo a feira es omnipresente, mas quien viaja en el mes de octubre o noviembre pilla ferias más genuinas, menos lance turístico y más paisanaje. En otoño e invierno, los platos de cuchase reconfortan: caldo, lacón con grelos, cocidos que piden siesta.

Si buscas fiesta gastronómica, agosto es un calendario encadenado, con la Festa do Marisco de O Grove aguardándote a inicios de octubre como coda. Para catas, el Ribeiro y Rías Baixas abren puertas en primavera y otoño con calma. Y si pretendes atar cena con vistas en verano, anota que los turnos se han impuesto en locales muy demandados. Un truco que funciona: reservar primer turno a las 20:30 y ver atardecer desde el camino después, sin prisas.

Playas icónicas o rincones serenos

No todo el que aterriza en Galicia busca exactamente las mismas arenas. Hay quien sueña con las Cíes, con su Moscú de granito y aguas de postal. Claro que merece la pena la excursión, sobre todo en septiembre, cuando los cupos prosiguen, mas la presión baja. En el mes de agosto, si decides ir, adquiere billete múltiples días antes y madruga para el primer barco. En Ons, el ambiente es más aldeano y la gastronomía insular ofrece sorpresas. Fuera de las islas, la costa de Barbanza guarda secretos como Cabío y Touro, y en la Mariña lucense, la playa de Esteiro o Xilloi comparten belleza con menos gente que su célebre vecina As Catedrais.

En la Costa da Morte, Traba y Área Maior permiten pasear sin chocar hombros ni en pleno verano. Eso sí, mar con respeto. En Ría de Muros y Noia, Ancoradoiro y San Francisco suman viento en ocasiones tozudo, pero compensan con vistas a Monte Louro. En Baiona, la playa América reúne familias, y la tarde se prolonga con camino por el Parador y su muralla. Seleccionar bien tu base reduce quilómetros y aumenta bienestar. Si lo tuyo es alternar baño y cena con tapeo, Rías Baixas. Si prefieres dramatismo y horizontes, Costa da Morte. Si te llama la mezcla de dunas y pinares, Barbanza. Y si buscas verdes, ríos y pozas, interior con fervenza y sombrío.

¿En qué momento no es conveniente ir?

Decir “no conviene” suena definitivo, pero hay momentos menos agradecidos si tu plan es muy específico. Si sueñas con playas de postal y mucha calma a la vez, evita la franja que va del 1 al 20 de agosto en Rías Baixas. Si quieres pisar viñedos en vendimia, confirma fechas con bodegas, pues hay semanas de trabajo interno sin visitas. Si vas por el Camino y te estresan las multitudes, julio y agosto por el Francés pueden desilusionar. Si quieres observar aves en estuarios, mayo y septiembre rinden mucho más que pleno agosto.

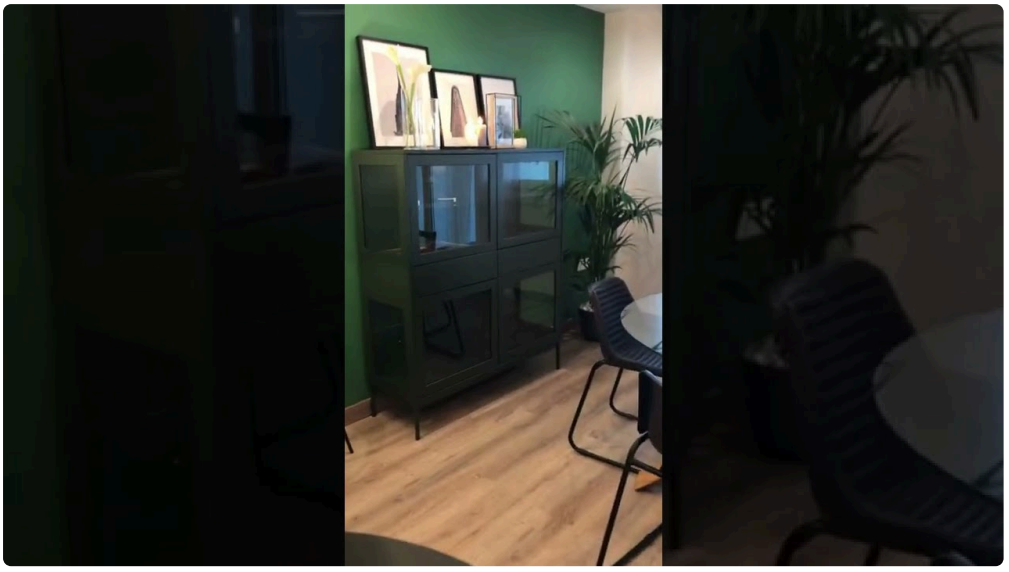
También resulta conveniente saltar algunos fines de semana de puente si te agobian los atascos: mayo, octubre y diciembre concentran desplazamientos desde la villa de Madrid y norte de Portugal hacia la costa. En esos días,

un giro inteligente es tirar al interior: Allariz, Celanova, Arzúa, con plazas menos saturadas y restaurants con hueco.

Encajar fechas con propósito

La mejor temporada para pasar las vacaciones en Galicia aparece cuando cruzas 3 variables: qué tiempo toleras, qué actividades priorizas y cuánta gente te apetece alrededor. Para playa y vida social, la ventana de verano rinde. Para caminos, vino y charla, los hombros de la época son oro. Para recogimiento, chimenea y mar bravío, el invierno es tu aliado. Y para los que viven atados a las vacaciones escolares, existen planes para salvar agosto sin sobresalto: costa norte, rías menos famosas, horarios tempranos, reservas con margen y esperanzas alineadas con el bullicio.

Galicia recompensa a quien se toma cinco minutos para leer las mareas, anotar fiestas locales y confirmar si el puesto preferido va a abrir ese domingo. Asimismo a quien se deja improvisar entre semana en el mes de septiembre o en mayo, cuando el territorio se muestra sin maquillaje. Los que vivimos o repetimos sabemos que la lluvia, cuando cae, mejora el caldo, limpia el aire y despeja los arenales. Y que el sol, cuando aprieta, colorea rías, bateas y viñedos con una luz que engancha.



Elijas cuando elijas, afina el mapa igual que afinas el calendario. Y si la idea es reservar casa vacacional en Galicia con tiempo y buen criterio, recuerda que no hay una sola Galicia, sino más bien muchas. La tuya aparece cuando la buscas en la estación adecuada para tu forma de viajar.